

cartas secretas de algunos particulares virtuosos y de autoridad, que además le daban parte de algunos desórdenes muy graves, capaces de desacreditar la Religión.

El Apóstol determinó con sus cartas poner remedio á unos males y abusos que tanto le afligian. Comienza San Pablo en su primera Epístola, después de las saluciones comunes, á reprender el espíritu de rivalidad y cisma de estos fieles de Corinto, muy semejantes en esto á los filósofos que divididos en varias sectas, daban á cada una el nombre de su autor, exaltándola sobre todas las demás. «Yo soy discípulo de Apolo,» decía uno de esos cristianos facciosos, á imitación de los filósofos; «y yo, decía otro, lo soy de Cefas ó de Pablo.» El Santo Apóstol, que solo respiraba la gloria de Jesucristo, recuerda á todos los poseídos de este falso celo la pureza de sus intenciones que se manifestaba en su modo de predicar sencillo y ageno de la elocuencia del siglo. Manifiéstales cuánta injusticia y desorden era el jactarse de los dones sobrenaturales y milagrosos, tan comunes entonces en la Iglesia, de los cuales trata individualmente esta Epístola, proponiendo una serie metódica de reglas para evitar los abusos. Reprende también los que se introducían en la participación de la divina Eucaristía. En estos primeros tiempos iba acompañada de unos convites de caridad, llamados en griego *Agapes*; pero los ricos no hacían partícipes á los pobres de los manjares que se les servían con abundancia, y por eso el caritativo Pastor declama fuertemente contra el escándalo de esta orgullosa avaricia, y mucho más contra la inconsideración sacrilega de algunos pecadores que, sin distinguir el pan de los ángeles del pan ordinario, profanaban indignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, comiendo y bebiendo su sentencia de condenación. Son sus palabras enérgicas y exactas, y no pueden reducirse á un sentido

figurado sin faltar á todas las leyes del lenguaje común, y sin oponerse á la interpretación de los santos doctores de todos los siglos.

El Apóstol llevaba también á mal que los cristianos de Corinto acudiesen en sus pleitos y discordias á los tribunales de los paganos. Es cierto que respetaba la autoridad política y civil, pues ordena expresamente la obediencia á los magistrados, sean buenos ó sean malos; pero además del peligro de idolatrar, á que se esponían los fieles jurando en manos de unos jueces que solo conocían las falsas divinidades, estos pleitos mostraban ya un grande apego á los bienes temporales que el celo de San Pablo no podía llevar á bien en una sociedad de cristianos tan perfectos como los de Corinto. Sin embargo, en esta iglesia fervorosa que había cultivado con tanto esmero, adornándola como á una virgen pura á fin de que fuese digna de ser esposa de Jesucristo, no solo halló el Apóstol faltas que remediar, sino hasta vicios que escandalizaban á los idólatras. Un cristiano se había entregado de tal suerte á la incontinencia que tenía un trato deshonesto con la muger de su padre. Manda, pues, el Santo que sea entregado á Satanás, para perder la carne y salvar el espíritu; esto es, que se le separe por cierto tiempo de la comunión de los fieles, para abatirle y mortificar su cuerpo, y de este modo hacerlo volver en sí; ejemplo de excomunión y de los fines piadosos que todo pastor debe proponerse al imponer igual castigo. Admirados habrán quedado los lectores á vista de un crimen tan enorme en una de las primitivas y más florecientes iglesias apostólicas; pero cuánto mayor deberá ser su admiración al ver, por las respuestas del Doctor de las gentes sobre varios puntos que le consultaron acerca del matrimonio y de la continencia, la eminente perfección de que en tan breve tiempo había hecho capaces la

gracia á unos hombres nacidos y educados en la más espantosa corrupción.

El libertinaje de Corinto, consagrado en culto religioso, no admitía comparación con ningún otro (1): toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y en su templo ú orgía existían más de mil esclavas que se prostituían en nombre de la Diosa. Fácil es colegir de aquí lo que el pudor no permite referir acerca de los desórdenes de los corintios, y mucho más de los extranjeros opulentos que allí concurrían, pues era preciso ser rico para participar de aquellas disoluciones infames; de donde vino el proverbio: «no es para todos ir á Corinto.» Honrábase á aquellas vergonzosas víctimas del espíritu inmundo; los mejores poetas celebraban en sus versos estas viles prostitutas, y las consagraban estatuas. Sin embargo, el sabio reformador de semejante pueblo no limita sus instrucciones á enseñarles las leyes esenciales de la castidad conyugal, sino que se extiende á hablarles también de la más alta perfección de la virginidad del celibato cristiano. Así pues, la primera Epístola á los corintios presenta en toda su extensión un modelo admirable del celo más ilustrado y más activo, con una divina mezcla de severidad y dulzura, de reprensiones y exhortaciones, de vigilancia pastoral y de paternal ternura: en una palabra, de un celo digno de servir de regla á todos los prelados, particularmente cuando se trata de que sea respetada la sublimidad del ministerio Evangélico, sin apartarse de los sentimientos sinceros de la más edificante modestia.

San Pablo partió en fin de Éfeso á principios de junio, en la proximidad de la fiesta de Pentecostés, y empleó cerca de seis meses en recorrer la Macedonia. Cuatro años había que en Filipos se separó de San

Lucas; donde este residió como obispo; y habiéndole nombrado ahora un sucesor, volvió á llevarle en su compañía con ánimo de no apartarse nunca de él. Encamináronse ambos al Occidente, y llegaron á algunos países donde todavía no se conocía el nombre de Jesucristo. Al tiempo que visitaba á sus primeros discípulos ó prosélitos, además de las otras atenciones ordinarias del apostolado, exhortaba á los fieles gentiles á que diesen abundantes limosnas para los hermanos necesitados de Jerusalem, á quienes se proponía llevarlas muy pronto. Habíale recomendado con eficacia el Consejo Apostólico esta obra de misericordia, que cada día era más necesaria; pues la obstinada Jerusalem se mostraba tanto más cruel cuanto más iba acercándose al término de su castigo.

Pero mientras daba á conocer San Pablo el nombre de Jesucristo, quiso el infierno oponer un rival, no solo al Apóstol, sino también á su adorable Maestro. Salió súbitamente de Tiana, en Capadocia, un hombre extraordinario llamado Apolonio (4), el más ilustre apoyo de la filosofía profana y del paganismo y el más á propósito para acreditar uno y otra. Nació de padres nobles y ricos, y la naturaleza le dotó de un talento superior y de una memoria incomparable. Estaba instruido en todas las ciencias y en todas las artes de la Grecia, y á las cualidades del espíritu juntaba una presencia magestuosa y casi más que humana y una hermosura y gravedad de semblante que arrebatava y llevaba tras sí á los pueblos. Fiel discípulo de las máximas severas de Pitágoras, se abstenía de carne y de vino, y solo comía legumbres: dejábase crecer el cabello y la barba, andaba

(4) Philostr. lib. 4, y sig.—Acerca de Apolonio diremos algo más, Dios mediante, en el libro segundo de esta Historia. (N. del E.)

(1) Strab. lib. 8; Athenag. lib. 13,



con los pies descalzos, y solo se vestía de lino. Llegó su desinterés aparente hasta el extremo de despojarse de casi todos sus bienes, haciendo al mismo tiempo profesión de continencia; pero, como la mayor parte de los héroes de la filosofía que tantas veces se precipitaban en las mas vergonzosas debilidades, su reputacion no quedó intacta respecto de aquella virtud angélica, á la cual la carne corrompida no podia llegar por otro medio que por el de la gracia de Jesucristo.

Ademas de haber estudiado en las escuelas célebres de Grecia, y especialmente en Tarso, hizo largos y penosos viajes para oír á los magos de Persia, á los brahmanes de la India, y á los gimnosofistas de Etiopía. A toda esta imaginada ciencia unia una passion estremada por el culto popular de los ídolos; pero su juicio naturalmente recto y penetrante le hizo observar que el lenguaje enfático y algarabía misteriosa de los filósofos ó sofistas, lejos de adquirirles estimacion y crédito, solo servia por lo comun para hacerlos despreciables y ridiculos. Tomó por esta razon un rumbo enteramente contrario, y se esplicaba con claridad y sencillez, si bien fingiéndose inspirado y favorecido de los Dioses, usaba de un tono decisivo y de un aire de autoridad tan eficaz que con un solo gesto y algunas palabras por escrito calmaba las sediciones. Recorrió las principales ciudades del Imperio, especialmente las del Asia menor y la Acaya. Enviábanle diputados de todas partes pidiéndole su amistad y sus consejos acerca del culto y de las costumbres. Recibíanle con los mas extraordinarios honores; y los arúspices y oráculos mas venerados le tributaban elogios. Apolonio llegó á Éfeso á principios del reinado de Neron, que habia sucedido á Claudio el año 54 de Jesucristo: allí declamaba con frecuencia contra el lujo y la deshonestidad, acreditando gustosos sus ex-

hortaciones los espíritus malignos, porque con tan buenas apariencias alejaba á los hombres de la verdadera fé, sin la cual todas las demas virtudes solo sirven para frustrar con mas seguridad el negocio de la salvacion. Persuadia con mas ardor á los efesios, que eran perezosos é indolentes y apasionados por la música, por la danza y por todo género de diversiones, á que dejasen aquella vida afeminada para entregarse de veras á la filosofía y á la virtud.

Vendíase Apolonio por amigo de los dioses, y así necesitó hacer ver que recibia de ellos favores extraordinarios. Un dia en que arengaba al pueblo cerca de un bosque donde habia muchos pájaros, llegó uno que dió un chillido agudo y extraño; todos los demas echaron al instante á volar y le siguieron, y Apolonio entonces dijo á sus oyentes con un tono profético, que aquel pájaro, digno por su afecto á los de su especie de servir de modelo á los hombres, venia á avisarles que en cierta calle, que nombró, se habia derramado un costal de trigo. Corrieron todos al sitio indicado, y encontraron á los pájaros comiendo, por cuyo hecho creyó el vulgo que Apolonio entendia el lenguaje de aquellos animales; pero los hombres de juicio callaron, ó si hablaron, sus reflexiones no fueron oidas.

Quiso tambien decir que habia librado á los efesios de una peste que los desolaba. Un dia, habiéndolos reunido en el templo de Hércules, vieron allí á un pobre viejo que pedia limosna: «esterminad á ese enemigo de los dioses, dijo el impostor cruel, y sepultadle con su impiedad bajo una nube de piedras.» Obedeciéronle todos con un furor ciego, y el infeliz mendigo acometido por tantas manos quedó en un instante cubierto de una montaña de piedras. «Desenterrad el cadáver, les dijo Apolonio despues de un breve intervalo, y vereis quién es la víctima que habeis inmolado.» Hicieronlo

asi, y hallaron que era un gran perro. Quedó el pueblo plenamente persuadido de que aquel animal era un genio maligno, y reflexionando muy poco sobre la mayor ó menor calamidad de que se le habia prometido libertarle, solo se ocupó en examinar el modo con que se le dió á conocer el autor de ella. En un concurso tan numeroso era muy fácil valerse de la impostura, porque es mas verosímil creer, que al tiempo que removian las piedras hizo Apolonio introducir allí el perro muerto, que no que el demonio por acreditar al adivino fascinase con un fantasma á aquella gente crédula.

Desde las costas de Jonia, ó desde las márgenes orientales del Asia menor, pasó el filósofo á la Grecia, donde quiso hacer creer que Aquiles se le habia aparecido en las ruinas de Troya y reveládole muchos de los misterios contenidos en la Iliada. Pero en Atenas no consiguió tanto crédito como en otras ciudades, pues un sacerdote le trató de mágico, acusándole de que tenia comercio con los genios malignos; mas sin embargo, lo que aconteció á un jóven que se burlaba de sus supersticiones, le concibió el respeto de algunos atenienses. Dicho jóven dió súbitas señales de estar poseido del diablo, y Apolonio mandó á este salirse de aquel cuerpo y derribase cierta estatua, para dar á conocer que obedecia. Esto probaria que el seductor tenia trato con los espíritus infernales, y que se entendian con él, asi para entrar como para salir de los cuerpos. Pero ¡cuánta diferencia hay entre estos pretendidos milagros y los de los discípulos del Hijo de Dios, enemigos en todo de los malignos espíritus y de su culto idolátrico, y por consiguiente incapaces de tener con ellos ninguna inteligencia!

Mas ¿quién garantizará la verdad de los hechos referidos en la historia de Apolonio? Escribióla primeramente Damis de Nínive, compañero suyo en sus viajes de Oriente,

y uno de aquellos aventureros de quien se burla Luciano como indignos del menor crédito y aprecio. Pero aun esta historia se perdió, y solo tenemos la del sofista Filóstrato (1), escrita cerca de cien años despues, solo por rumores populares y con el fin de adular en sus pretensiones de literata á la emperatriz Julia, muger de Severo, perseguidor ardiente, y ella enemiga declarada del cristianismo. Pero sea lo que fuese, el profeta del paganismo no pudo hacer frente al Apóstol de Jesucristo en el mismo tiempo y en las mismas provincias. La obra de Dios que promovia San Pablo subsiste despues de mas de diez y ocho siglos, y los prestigios de Apolonio y aun la memoria de su nombre no pudieron durar ni aun el corto espacio de doscientos años.

Hallábase en Macedonia el Apóstol cuando recibió de Corinto las noticias que esperaba con impaciencia, despues de haber escrito su primera Epístola. Tito, su discípulo, que fué el portador, le notició que su carta habia producido el mejor efecto; que el nombre de Pablo era tenido de cada vez en mas estima por los corintios; que la mayor parte de los fieles deseaba con ardor su llegada; que habian puesto remedio á las disensiones y escándalos de su iglesia, y que derramaron muchas lágrimas por la afliccion de su Pastor y padre. Añadió que no obstante estaban manchados todavia con muchos defectos, por la insuficiencia ó contrariedad de conducta de los doctores; que algunos ánimos turbulentos y envidiosos, mas capaces de criticar que de refutar su doctrina, la suponian malignamente opuesta á la de los otros Apóstoles; y que, para inutilizar el fruto de sus escritos, no se avergonzaban de hacer un paralelo injurioso entre la dignidad que respiraban y lo

(1) Nonnotte llama á este sofista «el mas embustero de los hombres despues de Voltaire.»



que su aversion particular veía de humilde en su persona. Al ver el Apóstol que la primera Epístola á los corintios no habia producido su total correccion, les escribió la segunda (a) fundándose en la relacion que le habia hecho Tito. De aquí dimana la diversidad de estilo de esta segunda carta, ya vivo y fuerte y aun terrible y fulminante algunas veces, y ya tierno, compasivo y lleno de condescendencia y suavidad; pero siempre el escritor apostólico reprende con dignidad y exhorta sin bajeza y sostiene admirablemente sus dos caracteres de Padre y de Maestro. En virtud de su potestad de atar y desatar usó de indulgencia con aquel pecador incestuoso, á quien habia escomulgado, pues este hombre se convirtió sinceramente, y su dolor y arrepentimiento fueron tan grandes que corría peligro de precipitarse en la desesperacion. Miró el sabio Pastor la severidad en tales circunstancias como un escollo peligroso, contrario á la institucion de las penitencias ejemplares, que al mismo tiempo que humillan al pecador, deben dirigirse á su propia utilidad y al bien de la Iglesia.

Después de este reglamento particular, vuelve el Apóstol á tratar del grande objeto de su primera carta para que respetasen su ministerio á fin de que fuese útil, sosteniéndole dignamente contra los falsos profetas y contra una turba de ministros envidiosos y soberbios. Estos doctores, judíos de origen, no cesaban de declamar contra el Doctor de las naciones; por esto observamos que este emplea en su propia defensa todas las razones capaces de humillar el orgullo presuntuoso y las altaneras ideas del judaismo. Pero cuando habla de sus re-

(a) Como un año después de la anterior fué escrita esta carta desde Macedonia, y enviada por manos de Tito y de Lucas á los fieles de Corinto. (N. del E.)

velaciones y raptos muestra sinceramente cuánto repugna á su modestia tener que hablar de ello, y por eso hasta calla su nombre, y solo se detiene en probar que habiéndole instruido el Señor por sí mismo, su ciencia y su autoridad en nada eran inferiores á las de los primeros Apóstoles. Pero al tratar de los tormentos y humillaciones que habia padecido por Cristo se deja poseer del ardor del fuego divino que le devoraba. En esta carta se espresa con toda la efusion de su corazón, y á mas de lo que de sus trabajos leemos en los Hechos de los Apóstoles, nos refiere que fué otras muchas veces cargado de cadenas y vistose en riesgo de perder la vida; que los judíos le azotaron cinco veces, y otras tres con varas los ejecutores de los magistrados romanos; que le apedreó un pueblo furioso; que sufrió tres naufragios; y en una palabra, que venció tormentos y peligros innumerables en las ciudades y en los caminos, en el mar y en la tierra, de parte de los ladrones y falsos hermanos, y de los judíos y gentiles.

A los portadores de su carta recomienda especialmente lo relativo á la recoleccion de las limosnas, á fin de que estuviesen prontas para cuando él llegara á Corinto. San Lucas y Tito eran estos comisionados; el primero célebre en todas partes por la publicacion de su Evangelio, y el segundo conocido ya y estimado de los corintios: uno y otro fueron recibidos como merecian, y tanto por sus exhortaciones como por el irresistible atractivo de la carta que llevaban, á cuya elocuencia nadie podia resistirse, todos los corazones se inclinaron de nuevo hácia San Pablo, y volvieron á entrar en el camino del deber y de la perfeccion, que era lo único que anhelaba el Apóstol. Para acelerar la llegada de éste trabajaron vivamente en la colecta de las limosnas, y luego que le comunicaron tan agradables

nuevas, se puso en camino para la Acaya, cuya capital era Corinto, donde llegó á principios de invierno, y permaneció allí algunos meses, á fin de consolar á sus hijos en Cristo y poner la última mano en el restablecimiento del buen orden y disciplina.

Gran parte de este tiempo le empleó tambien en el cuidado de las otras iglesias, pues por su ministerio se creía deudor de sus oficios á todas las naciones, y en especial á los romanos, á este pueblo ilustre y belicoso que el noble y elevado celo de San Pablo pensaba conquistar enteramente para Jesucristo, no obstante las enfermedades que ya le aquejaban y la debilidad que sentia á pesar de no tener todavía mas de unos cincuenta años de edad. Habíase aprovechado Aquila, con algunos de sus amigos ó discípulos, de la coyuntura favorable que se presentaba después de la muerte de Claudio para volver á establecerse en Roma. Por su medio supo San Pablo el estado de la Religion en la capital del imperio, donde ya vimos que el Príncipe de los Apóstoles habia predicado anteriormente el Evangelio. En esta iglesia, como en todas partes, los hijos de Jacob eran opuestos á los gentiles; pero estos en aquel primer teatro de la gentilidad afectaban la primacia sobre los israelitas. Desvanecidos con la filosofia y con las virtudes que esta les enseñaba, despreciaban á la Sinagoga, echándola en rostro haber desconocido al Redentor, aunque era depositaria de la ley y de las profecías. Indignaba esto en extremo á los hebreos, elegidos por el Señor entre todos los pueblos de la tierra, y avezados á creer que eran de una masa mas noble y mas digna que los demas de recibir las bondades del cielo. Confundiendo siempre los israelitas el orgullo nacional con el interés de la ley, opinaban que una multitud de observancias puramente exteriores conferia el mérito de distinguirlos de todos los demas hombres, y

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

de conseguir la gracia del Deseado de las naciones.

Consideró el Apóstol como un punto muy esencial de su ministerio instruir sobre esto en la verdadera doctrina á los judíos y á los gentiles, y este es el fin que se propuso en la Epístola que escribió desde Corinto á los romanos por medio de un secretario latino llamado Tercio (a). Persuadido de que la humildad es la basa del cristianismo, principia su carta humillando á los dos pueblos. Al efecto presenta á la vista de los gentiles la vanidad y detestable cobardía de sus filósofos, que habiendo conocido al verdadero Dios no osaron adorarle públicamente; motivo por el cual, dice, los abandonó á la corrupcion de sus corazones, de modo que cayeron en todo género de vicios, y especialmente en las mas infames disoluciones. No le pareció necesario probar estos hechos porque fueron bien notorios en Roma en el infeliz reinado de Neron. Mas aun dado caso que esto no fuese así, prosigue el Apóstol, no tenían derecho los gentiles para despreciar á los israelitas, pues aunque la mayor parte de esta nacion, tan favorecida del cielo en otro tiempo, haya decaído de su dichoso estado, Dios se apiadará de sus reliquias en los últimos siglos, y todos los hijos de Jacob que entonces existan se convertirán al Señor.

Tampoco este pueblo, añade el Apóstol, tiene motivo para elevarse sobre las demas naciones, pues no ha sabido aprovecharse de los beneficios divinos que se le comunicaron gratuitamente; y aunque hubiese correspondido mejor á estos favores, nunca con las observancias carnales y literales hubiera

(a) Esta carta no es la primera que escribió el Apóstol; pero en el orden que sigue la Vulgata se halla siempre en primer lugar, tal vez por la sublimidad de los misterios que comprende, ó por la preeminencia de la Iglesia de Roma, á quien va dirigida. La escribió San Pablo el año 58 de Cristo, cuando iba á llevar las limosnas de la Acaya á Jerusalem. (N. del E.)